Caras y Caretas

VALDIVIA

EN ESTE NUMERO DEL 9 DE JULIO DE 1936 EVOCAMOS LA FIGURA DEL GAUCHO ARGENTINO, EXPRESION DEL ESPIRITU CRIOLLO QUE NO HA LOGRADO OBSCURECER LA INFLUENCIA EXTRANJERA, PORQUE EL ESTA AUN LATENTE EN NUESTROS CAMPOS Y HA SIDO, ADEMAS, CANTADO Y ENALTECIDO POR POETAS Y ESCRITORES QUE SUPIERON AHONDAR HASTA LA ENTRAÑA DEL SUELO PATRIO.

AÑO XXXIX
NUM. 1971

11 DE JULIO
DE 1936

Cumplió ochenta

"Símbolo pampeano"

Por Federico

TANTO conocemos al personaje que vamos a entrevistar, que en el breve trecho de cuadras, que hacemos caminando para llegar a su casa, no intentamos narrar antojadizas suposiciones; reservándonos unos minutos para llamar a los hechos por su verdadero nombre.

Nos recibe una hija mayor, y al término del zaguán espacioso de una casa pueblera de San Antonio de Areco, nos estrechamos las manos con don Segundo Sombra; símbolo pampeano y hombre verdadero" — al decir de Ricardo.

Sentado, descansa sus manos huesudas y grandotas sobre la empuñadura de un bastón, sostén postizo que substituye en parte el mal estado de sus piernas reumáticas, casi siempre doloridas y mortificantes.

Acorralado, embretado, como objeto inútil, entre esas cuatro paredes desde hace más de dos años; fecha en que muriera en "La Lechuza" su querida y amante compañera; sus ojos pequeñitos y redondos, hechos a la visión de los vastos horizontes, vanse obscureciendo en una cerrazón lenta y segura.

Una humana pobreza de gloria lo cobija en sus sueños; en reconcentrado y doloroso silencio transcurren sus dias, "como quien se desangra".

El antaño robledal de su cuerpo de "coyunturas huesudas como las de un potro", se siente carcomido por los años y la imposibilidad de beber optimismo, galopando pampa, gritando sobre el lomo de las haciendas ariscas, domando un potro, ablandándose en la rueda parlanchina del cordial fogón o "resoyando juerte" en un puesto acariciado de verde gramilla.

El transplante resultó fatal, la adaptación fué tardía e imposible, el árbol dejó sus raíces en los campos del pago; en "su tierra de siempre".

Como el negro Taboada, don Segundo "no se haya" en el pueblo, él, como "símbolo pampeano y hombre verdadero", tiene desde hace tiempo el problema de los alquileres; mortificante situación que no logra solucionar con una escasa subvención municipal y el socorro silencioso y efectivo que le prestan algunos amigos.

Si pudiese valerse de las piernas, volvería al campo, para vivir en cualquier puesto, sirviendo a otros, trabajando sogas, ganando para los vicios.

No puede hacerlo; entre el lecho, la silla y unos cortos paseos hasta la puerta de calle, don Segundo pasa sus días en su injusto y olvidado retiro de gloria.

El, que adivina que vamos a referirnos a su indigencia, cuando entreabrimos los labios nos detiene, diciéndonos: "No, amigo, no me haga promesas, ya estoy empachado"...

La verdadera y socorrida anécdota nos habla de promesas que jamás llegaron a cristalizarse. La mayoría de los visitantes, a falta de numerario, le dejan promesas, como a los santos.

Como si adivinara que hablamos de humanas miserias, un perro, renegrido y feo, juega su cabeza por entre las piernas del viejo, cuyas manos se confunden con la pelambre del can que no cesa de hacerle fiestas.

— Es bien feo — le decimos.

— ¡Ah, pero es muy inteligente!

— Si es como usted dice, ¿por qué no habla?

Haciendo un gesto, que es toda una muda sentencia, el viejo agrega:

— No habla porque escucha.

Según don Segundo, el perro también tiene el privilegio de saber escuchar con provecho, como su amo.

En sus ochenta y cinco años

El dia 1º de julio, don Segundo Sombra cumplió ochenta y cinco años, dueño de la mayor parte de sus facultades físicas y con una memoria tan prodigiosa que ya querrían para sí muchos hombres de gobierno.

Un periodista que lo visitara recientemente insinuó como cierto, el deseo de don Segundo de ver llegar muy pronto sus últimos días. Nada más incierto que tal agorera apreciación.

Ahora más que nunca, cuando entiende que se ha cimentado su gloria, cuando ha llegado a comprender toda la curiosidad que irradia;



Ultima foto de don Segundo Sombra, en la que aparece con el autor de esta nota en un rincón del patio gaucho de su casa pueblera de San Antonio de Areco.

y cinco años don Segundo Sombra

y hombre verdadero"

OBERTI

es la época que más anhelos siente por vivir muchos años de halago y holgura.

Ha poco tiempo, cierto comisario de policía, un tanto afeminado en sus modales, hízole esta pregunta al inmortal viejo:

—¿Le gustaría divertirse y pasear por la Capital?

—Sí, señor — responde con socarrona intención. — Siempre me ha gustado divertirme, jugar, chupar, alternar con gente de copete y, al terminar el día, pelear con la policía.

El buen humor de sus años no logra advertirse desde la primera visita, y el curioso visitante suele salir desconcertado por las originales contestaciones.

Un mate cordial nos acerca, nos abraza con la fuerza de la primera cebadura, nos coloca frente a frente, como si fuésemos a dar los naipes de una última jugada.

—Preferiría estar tomando una ginebra en "el tioco".

Como no adivinamos el sentido de su insinuación, aclara, diciéndonos con mayor propiedad:

—En el Tokio, amigo.

De tarde en tarde solía ir a este café del pueblo, que él llama "el tioco", porque dice ser un poco torcido su propietario.

Allí entre otras, le ocurrió esta anécdota.

Por hacerle un cumplido, algunos conocidos pregúntanle por su salud.

—¡Cállense, amigos, ando más enojao!...

—¿Y qué le pasa, don Segundo?

—Cómo no voy a renegar, siendo tan duro para morir.

Su agudeza irónica es un sentido vastamente refinado en nuestro hombre, sus salidas son personales, sin calcos, surgen espontáneas, casi siempre en el minuto del imprevisto diálogo.

W. Frank, Keyserling y don Segundo

Cuando hace algunos años lo visitaron en "La Porteña" los escritores más arriba mencionados, no sintió por igual la afectiva simpatía hacia ambos.

El primero, lo consideró como a una pieza antropológica, lo examinó en sus detalles, faltándole la observación de la dentadura, como lo hacían los negreros en la adquisición de sus esclavos.

Como insistimos en saber su opinión con respecto al primero, don Segundo nos contesta con sequedad despreciativa:

—Era un inglés pavote.

Keyserling mereció mejor acogida, su figura fuéle familiar, simpática, tal vez hubo entre ambos la afinidad de los años; y para quien poco más tarde escribiera tan mal de nuestras mujeres y costumbres, don Segundo tuvo una frase feliz:

—Me gustó el señor, era un viejo lindo.

Tres consejos en verso

Como hurgamos en sus recuerdos ignorados, para solaz del lector de CARAS Y CARETAS, su imaginación fecunda brota en versos.

—Me gusta esa revista, cuando tenía más chirolas la compraba todas las semanas, sus páginas tienen de todo, como pulpería de gringo.

Aquí se concentra, y como en sus mejores tiempos, cuando decía algún "caminado" en rueda de amigos; con precisa soltura y claridad, sentencia para la vida, el amor y el juego:

Yo tengo mucha experencia
y le vi a dar un consejo.
Mucho ha galopao ¡canejo!
en los campos mi existencia.

He soportao con paciencia
lo que el destino ha querido;
también la dicha he sentido
de la desgracia y la suerte;
y así como el ombú juerte,
a la vida me he prendido.

Todo el que haiga conquistao
con su verso un corazón,
debe cuidar que el jogón
nunca lo encuentre apagao.
Si la mujer a su lao
se hace a veces la enojada,
acaríciela, que nada
va a perder usted con eso;
más se gana con un beso
que con una cachetada.

Si usted va a alguna jugada,
ha'e tener mucho cuidao,
porque a vece algún pelao
se arma de plata con nada.
Le va a copar la parada
sin tener ni un patacón,
y si pega un tropezón
Y usted le llega a ganar,
la deuda le va a pagar...
con pura conversación.

Cuando al despedirnos apretamos entre la nuestra, su mano, antes gruesa y cueruda "como cascarón de peludo", la sentimos blanda y suave por el obligado ocio, dulcificada en la caricia a sus nietas, que resucitan sus octogenarias ilusiones, hoy ensombrecidas por el problema de los alquileres y la humana subsistencia.

Hedelino Oberti